



Epistemología y Relativismo en Wittgenstein: Una Lectura de *Sobre la Certeza*

Epistemology and Relativism in Wittgenstein: A Reading of *On Certainty*

Sebastián Nicolás Vargas Rodríguez¹

Colegio Lincoln College, Santiago de Chile

cbiwixd.2013@gmail.com

Gabriel Ignacio Salas Candia²

Colegio Villa el Sol, Santiago de Chile

g.salas.candia@gmail.com

Resumen

En la literatura en torno a la filosofía tardía de Wittgenstein, se ha debatido ampliamente si sus ideas apoyan un relativismo epistémico. Por este motivo, es menester examinar en qué medida su obra, particularmente *Sobre la certeza*, sostiene una postura relativista, definida por la dependencia de las creencias y de su justificación a un sistema epistémico específico. A través de una revisión de sus tesis sobre la justificación, los sistemas epistémicos y el rol de las creencias bisagra, se argumenta que Wittgenstein rechaza un fundacionalismo absoluto y que, aunque permite la variabilidad y dependencia de sistemas, no suscribe a una equivalencia entre ellos. En última instancia, el texto concluye que Wittgenstein ofrece un relativismo epistémico moderado que descarta la posibilidad de resolver racionalmente desacuerdos entre sistemas incompatibles. Sin embargo, su anti-fundacionalismo no deriva en escepticismo radical, sino que clarifica la operación efectiva de nuestras prácticas

¹ Licenciado en Filosofía por la Universidad de Chile.
<https://orcid.org/0009-0005-1655-5603>.

² Licenciado en Filosofía por la Universidad de Chile y actual estudiante del Magíster en Filosofía por la misma casa de estudios. Becario ANID-PFCHA/Magíster Nacional/Año 2023 — Folio 22230808.
<https://orcid.org/0000-0003-4393-309X>.



epistémicas, sugiriendo que las creencias pueden justificarse en su propio contexto sin necesidad de una validación universal.

Palabras clave: Relativismo epistémico, Wittgenstein, sistemas epistémicos, justificación, escepticismo.

Abstract

In the literature concerning Wittgenstein's later philosophy, there has been extensive debate on whether his ideas endorse epistemic relativism. For this reason, it is necessary to examine to what extent his work, particularly *On Certainty*, upholds a relativistic stance, defined by the dependency of beliefs and their justification on a specific epistemic system. Through a review of his theses on justification, epistemic systems, and hinge beliefs, it is argued that Wittgenstein rejects absolute foundationalism and, although he acknowledges the variability and dependency of systems, does not subscribe to an equivalence between them. Ultimately, the text concludes that Wittgenstein offers a moderate epistemic relativism that dismisses the possibility of rationally resolving disagreements between incompatible systems. Nevertheless, his anti-foundationalism does not lead to radical skepticism; rather, it clarifies the effective operation of our epistemic practices, suggesting that beliefs can be justified within their own context without the need for universal validation.

Keywords: Epistemic relativism, Wittgenstein, epistemic systems, justification, skepticism.

Fecha de Recepción: 15/08/2024 – *Fecha de Aceptación:* 13/10/2024



1. Introducción

La filosofía tardía de Wittgenstein ha suscitado un amplio debate en epistemología respecto a si sus ideas expuestas en *Sobre la Certeza* pueden interpretarse como una forma de relativismo epistémico. Esta postura implica la negación de un fundamento último para el conocimiento y la ausencia de un método racional definitivo para resolver disputas sobre hechos. El problema central es, entonces, cómo caracterizar la visión de Wittgenstein sobre la justificación y las prácticas epistémicas.

Para intérpretes como Biletzki (2015), Haller (1995), Heckel (2010), Kusch (2013) y O'Grady (2004), el tipo de relativismo en la obra de Wittgenstein sería de carácter cultural, donde las creencias y los métodos de justificación varían entre culturas, cada una con su propio sistema que establece los criterios para la duda y la evidencia. Esta postura implica, según Williams (2007), que (i) el estatus epistémico de una creencia depende del sistema al que pertenece, (ii) los sistemas de creencias difieren y pueden cambiar con el tiempo, y (iii) no existe un sistema epistémico superior a otro. La combinación de estas tesis implicaría lo que se denomina *incommensurabilidad epistémica* (Pritchard, 2011; Salvatore, 2018), lo cual implica que podrían existir agentes racionales que sostienen creencias contradictorias y justificadas dentro de sus sistemas, sin un criterio universal para decidir racionalmente cuál es correcto.

Este artículo no busca una exégesis exhaustiva de Wittgenstein, sino reconstruir su postura frente a problemas centrales de la epistemología contemporánea. Para ello, se abordarán conceptos de relativismo, incommensurabilidad epistémica y escepticismo, además de analizar cómo Wittgenstein concibe la estructura de la justificación, explorando aquellos pasajes que invitan a una interpretación relativista. Finalmente, se propondrá una lectura de Wittgenstein que, en nuestra opinión, responde de manera coherente al problema del relativismo, al mostrar que, aunque nuestras justificaciones dependen de un sistema de creencias asumido, esto no compromete nuestra capacidad para conocer el mundo.



2. Relativismo, inconmensurabilidad epistémica y escepticismo

De acuerdo con Coliva (2009), la amenaza relativista que enfrenta la epistemología propuesta por Wittgenstein radica en que podrían existir distintos sistemas epistémicos capaces de proporcionar justificaciones para cualquier creencia, sin que ninguno sea intrínsecamente correcto o superior a otro. Esta forma de relativismo implicaría, en palabras de Coliva, que “si sistemas epistémicos alternativos compitieran entre sí, la elección no podría basarse en consideraciones racionales, pues es solo dentro de cada sistema donde se producen las razones y justificaciones”³ (2009, p. 1; trad. propia). En otras palabras, no sería posible hacer una evaluación racional independiente de todo sistema de creencias, puesto que es el sistema epistémico el que posibilita dicha evaluación.

Entendiendo que los sistemas epistémicos consisten en principios, procedimientos y creencias que permiten a una comunidad dar justificaciones, cuestionarlas y distinguir entre creencias justificadas y no justificadas, Williams (2007) identifica tres tesis centrales que definen el relativismo epistémico que aquí abordaremos:

- 1) Dependencia del sistema: La justificación de una creencia siempre se da en relación con un determinado sistema epistémico, el cual establece los criterios para evaluar la evidencia y la verdad.
- 2) Variabilidad de sistemas: Los sistemas epistémicos son contingentes y pueden variar entre distintas culturas o a lo largo del tiempo.
- 3) Igualdad entre sistemas: No es posible determinar qué sistema es epistémicamente superior a otro, ya que todos tienen la misma capacidad de producir justificaciones que son validadas internamente.

Puesto que esta forma de relativismo supone que aquello que se considera una justificación racional depende del sistema que se considere, y además contempla la posibilidad de que coexistan varios sistemas, se sigue lo que Pritchard denomina *inconmensurabilidad*

³ Original en inglés: “should alternative epistemic systems compete with each other, the choice couldn’t be based on rational considerations, for it is only within each system that reasons and justifications are produced”.



epistémica: “Es posible que dos agentes mantengan creencias opuestas, ambas justificadas racionalmente en igual medida, sin que exista una base racional mediante la cual alguno de los agentes pueda persuadir adecuadamente al otro de revisar su punto de vista.”⁴ (2011, p. 269; trad. propia). Es decir, la inconmensurabilidad epistémica implica que no habría un método puramente racional y neutro capaz de resolver disputas que involucren un desacuerdo entre personas con distintos sistemas de creencias. Cada sistema tendría sus propios estándares de lo que es una justificación tanto adecuada como suficiente, y lo que se admite como evidencia a favor de una creencia. De este modo, no sería posible comparar un sistema con otro, puesto que ello supondría criterios de evaluación que escapan a los que pueden engendrarse dentro de un sistema dado (*cf.* Salvatore, 2018). Bajo el supuesto del relativismo, estos criterios independientes no son concebibles, pues toda justificación de una creencia sería inexorablemente relativa al sistema epistémico en el que tiene lugar (*cf.* MacFarlane, 2014; Rosen, 2001).

Ahora bien, un aspecto crucial del relativismo epistémico –tal como lo hemos caracterizado– es la facilidad con la que puede derivar en una forma de escepticismo, como destaca el propio Williams (2007). Si aceptamos que los métodos de justificación son internos a un sistema y que existen múltiples sistemas que sostienen creencias contradictorias, surge la pregunta de cómo podemos justificar la preferencia por nuestro sistema sobre otros y afirmar que nuestras creencias constituyen conocimiento genuino. Esto resulta problemático cuando la única manera de sostener que nuestro sistema está justificado es, precisamente, asumirlo como válido desde el inicio. Williams lo expresa así: “si realmente llegáramos a pensar que nuestro propio sistema epistémico no es mejor que cualquier alternativa, no está claro que pudiéramos seguir considerando nuestras creencias como justificadas, incluso bajo nuestros propios criterios.”⁵ (2007, p. 94; trad. propia). Si no podemos sustentar la validez de nuestro sistema sin asumirlo como único o mejor,

⁴ Original en inglés: “It is possible for two agents to have opposing beliefs which are rationally justified to an equal extent where there is no rational basis by which either agent could properly persuade the other to revise their view”.

⁵ Original en inglés: “If we really came to think that our own epistemic system was not better than any alternatives, it is not clear that we could continue to think of our beliefs as justified even by our own lights”.



nuestra confianza en que nuestras creencias son conocimientos genuinos se vuelve insostenible, ya que toda justificación dependería circularmente de la aceptación de dicho sistema como válido desde el principio. En consecuencia, el relativista se vería tentado a cuestionar la base sobre la cual fundamenta sus creencias y, por lo mismo, a adoptar una postura escéptica sobre el estatus epistémico de estas (*cf.* Strawson, 2006).

Lo que en el fondo busca mostrar el argumento del relativismo es que no podemos defender nuestro sistema de creencias sin caer en la circularidad. Este argumento lo resume Williams (2007) como sigue:

Al determinar si una creencia –cualquier creencia– está justificada, siempre dependemos, de manera implícita o explícita, de un sistema epistémico (...) Por lo tanto, asumiendo que nuestro sistema es coherente y no se socava a sí mismo, lo mejor a lo que podemos aspirar es a una justificación que sea epistémicamente circular, utilizando nuestro sistema epistémico para respaldarse a sí mismo (p. 95; trad. propia)⁶.

Si nos preguntamos por la justificación del sistema que sirve de base para evaluar la justificación de cualquier creencia, inevitablemente reposaremos sobre ese mismo sistema. Y dado que el procedimiento de justificación puede hacerlo cualquier persona con cualquier sistema de creencias que adopte, el resultado es que todos los sistemas serían igualmente defendibles por medios racionales.

El relativista, revelado ahora como un escéptico, podría cuestionar las razones para creer en cualquier afirmación sostenida por algún agente racional. Por cada afirmación que se use como razón para justificar la afirmación inicial, el relativista podría seguir cuestionando, hasta que, eventualmente, quien afirma llegaría a un punto en que simplemente no tiene forma de seguir justificando, pese a que no puede evitar creer en lo

⁶ Original en inglés: “In determining whether a belief – any belief – is justified, we always rely, implicitly or explicitly, on an epistemic system (...) So, assuming that our system is coherent and does not undermine itself, the best that we can hope for is a justification that is epistemically circular, employing our epistemic system in support of itself”.



que afirma (*cf.* Strawson, 2006). Así, se alcanzarían ciertos principios cuya validez solo estaría dada por el hecho de que están siendo empleados para justificar ciertas creencias dentro de un determinado sistema. Por lo tanto, razonaría el relativista, si estos principios a los que se llega al intentar justificar una creencia varían dependiendo de la cultura a la que se atiende, no habría forma de sostener, de manera no circular, que un sistema es superior a otro (*cf.* Biletzki, 2015).

Lo que subyace al razonamiento del relativista escéptico es que *cualquier justificación* que se intente dar ante un cuestionamiento insistente acabaría, en última instancia, en una de tres formas igualmente indeseables:

- (i) en un regreso infinito, en donde no se llega nunca al fondo de la justificación y, por tanto, se mantiene en la falta de certeza que aplaque la duda;
- (ii) o en una afirmación que simplemente se toma como verdadera sin mayor justificación, y en consecuencia, sin garantía racional para sostenerla;
- (iii) o, finalmente, en un razonamiento circular, en que en algún momento aquello que se buscaba justificar pasa a ser la base de su propia justificación, lo cual tampoco aseguraría la creencia cuestionada (Williams, 2007, p. 96).

En suma, el razonamiento del relativismo epistémico conduce naturalmente al problema escéptico de carecer de un anclaje seguro de nuestras creencias. Una forma en que tradicionalmente se ha buscado superar este problema escéptico es el fundacionalismo, el cual consiste en postular alguna clase especial de creencias que, por su naturaleza, sirven de piedra de tope para cualquier justificación y, por tanto, proveen una base sólida e incuestionable para todo nuestro conocimiento (Moyal-Sharrock, 2004, pp. 8-9; Rorty, 1979, p. 59; Williams, 2007, p. 96). Según esta postura, el estatus especial de dichas creencias



radica en que son autoevidentes, indubitables o incuestionables, ya sean enunciados observacionales, verdades de razón o principios considerados inherentemente verdaderos. Estas creencias no necesitarían justificación externa y, por lo tanto, se considerarían capaces de ofrecer un punto de partida firme desde el cual otras creencias pueden derivarse y justificarse. De este modo, el fundacionalismo propone que estas creencias básicas proporcionan un fundamento último y definitivo, capaz de resolver cualquier duda o disputa entre agentes racionales sobre cuestiones de hecho, eliminando así las preocupaciones escépticas sobre la validez y justificación última de nuestro conocimiento. Además, al ser un fundamento definitivo de la justificación, sería incorregible y, de alguna forma, eterno, pues estaría en la naturaleza misma de los principios el que sirvan de garantía última para cualquier creencia, y no en su relación con alguna otra creencia o con cualquier otro hecho contingente. Su autoevidencia sería así intrínseca.

Un ejemplo histórico paradigmático de cómo se ha intentado enfrentar el escepticismo a través del fundacionalismo es el intento de Descartes en sus *Meditaciones Metafísicas*. Como señala Kenny (1995, p. 179; trad. Deaño),

Los argumentos escépticos de Descartes en la Primera y Tercera Meditación han producido mayor impresión sobre los filósofos posteriores que sus réplicas a estos argumentos en las Meditaciones Cuarta y Sexta. Descartes ofreció probar el crédito de nuestro entendimiento y la existencia del mundo externo sobre la base de una demostración de la existencia de un Dios veraz. Pocos filósofos han quedado satisfechos con estos argumentos, y muchos se han sentido obligados a ofrecer sus propias respuestas a las dudas escépticas.

Esta insatisfacción llevó a otros filósofos, como G. E. Moore, a presentar sus propias respuestas al escepticismo fundándose en certezas aparentemente incuestionables, como lo hizo este último en *A Defence of Common Sense* (1925) y *Proof of an External World* (1939), en los cuales afirmaba conocer con certeza proposiciones tales como “aquí hay una mano y aquí otra” y “la Tierra ha existido desde mucho antes de mi nacimiento”. Es un



hecho que Wittgenstein tenía presente a Moore cuando desarrollaba sus reflexiones presentes en *Sobre la Certeza*, y el intento de Moore de fundamentar el conocimiento en estas proposiciones básicas buscaba superar el desafío de justificar nuestro sistema de creencias sin caer en un escepticismo radical. Ahora que tenemos un poco más de claridad de los términos en que se da, a grandes rasgos, la discusión en torno al problema escéptico sobre el fundamento del conocimiento, podemos pasar a revisar qué tiene que decir Wittgenstein al respecto.

3. Wittgenstein y la estructura de la justificación

En *Sobre la Certeza*, Wittgenstein sostiene que nuestras creencias constituyen un sistema –de manera similar a lo discutido en la sección anterior– y este sistema puede entenderse como la expresión de una determinada *imagen del mundo*, es decir, una concepción unitaria y coherente sobre lo real. Dicho sistema determina lo que podemos considerar como una hipótesis plausible o una duda razonable, ya que aquello que asumimos como verdadero dentro de él define y delimita lo que se considera posible y plausible en la realidad. Esto queda reflejado en uno de los pasajes donde Wittgenstein afirma:

§102⁷ ¿No podría creer que una vez he estado lejos de la Tierra, sin saberlo y quizás en estado de inconsciencia, y que los demás lo saben, pero no me lo dicen? Sin embargo, tal cosa no se ajustaría de ningún modo al resto de mis convicciones, aunque no pudiera describir el sistema de estas convicciones. Mis convicciones constituyen un sistema, un edificio.

Este extracto ilustra cómo nuestras creencias sobre el mundo (por ejemplo: que somos cuerpos en el espacio, sujetos a la gravedad y a las leyes físicas, o que es improbable que alguien abandone la Tierra) configuran y condicionan la manera en que consideramos ciertas posibilidades sobre lo que puede –o no puede– ocurrir en el mundo. Lo que creemos, y lo que estamos dispuestos a cuestionar o aceptar, depende en gran medida de

⁷ Todas las citas en que solo se consigne un número de párrafo corresponden a fragmentos de *Sobre la Certeza* (2015).



la coherencia de estas creencias con el resto del sistema. Por ejemplo, si uno asume que la lluvia solo es posible en presencia de nubes, sería irracional considerar seriamente la idea de una tormenta torrencial bajo un cielo completamente despejado. En este sentido, nuestro sistema de creencias *condiciona* y *define* lo que podemos aceptar o rechazar como una duda o hipótesis razonable.

Wittgenstein subraya en varios pasajes que, dentro de cualquier sistema epistémico, existe un tipo especial de creencias que, aunque pueden parecer proposiciones empíricas, no funcionan como tales dentro de dicho sistema. Las proposiciones empíricas son aquellas que pueden ser evaluadas como hipótesis de investigación, es decir, pueden someterse a prueba y resultar verdaderas o falsas. Sin embargo, estas otras proposiciones que a primera vista también parecen empíricas, cumplen un rol diametralmente diferente: no pueden ser tratadas como hipótesis, ya que su función no es ser objeto de investigación, sino servir como el marco incuestionable que hace posible la investigación. Estas proposiciones, según Wittgenstein, forman parte de un marco de referencia en el que el error es inconcebible, y su función es proporcionar una base firme desde la cual podamos formular hipótesis razonables, llevar a cabo investigaciones empíricas y justificar otras creencias dentro del sistema. Como tales, estas proposiciones cumplen el rol de certezas básicas en el sistema. Para ilustrar el rol que cumplen estas certezas en cualquier sistema, Wittgenstein las compara con bisagras que permiten el funcionamiento del resto de las creencias en el sistema. Su estabilidad y rol es la base sobre la cual funcionan los juegos de lenguaje en los que se duda o justifican creencias, incluso cuando estas no se expresan de manera explícita ni se consideran de forma consciente (Coliva, 2009; Moyal-Sharrock, 2004; Pritchard, 2011, 2021; *cf.* Piedrahita, 2021; Wright, 2004).

Un ejemplo de esto podría ser la creencia de que el mundo físico existe. No es algo que usualmente se investigue o cuestione directamente, sino que es un presupuesto incuestionable que permite desarrollar otras investigaciones, como formular hipótesis sobre fenómenos físicos. Sin esta creencia básica, sin esta certeza, no sería posible llevar a cabo investigaciones que impliquen indagar aspectos del mundo físico. Así, la creencia



de que el mundo físico existe funciona como una certeza incuestionable, una bisagra que articula el sistema epistémico en el que se basan nuestras prácticas científicas y cotidianas. Esto es lo que Wittgenstein expresa en los siguientes párrafos:

§341. Es decir, las preguntas que hacemos y nuestras dudas, descansan sobre el hecho de que algunas proposiciones están fuera de duda, son –por decirlo de algún modo– los ejes sobre los que giran aquéllas.

§342. Es decir, el que en la práctica no se pongan en duda ciertas cosas pertenece a la lógica de nuestras investigaciones científicas.

§343. Pero no se trata de que no podamos investigarlo todo y que, por lo mismo, nos debamos conformar forzosamente con la suposición. Si quiero que la puerta se abra, los goznes deben mantenerse firmes.

Estos pasajes dejan claro que ciertas creencias no son meras suposiciones asumidas arbitraria e irracionalmente, sino que constituyen un fundamento necesario para el funcionamiento de nuestras prácticas epistémicas. Son lo que permite que estas prácticas tengan sentido, ya que, sin ellas, no podríamos dar un solo paso en la investigación científica. Esto demuestra que estas certezas bisagra no solo son indispensables para nuestro razonamiento, sino que también forman parte de la estructura misma de nuestro sistema de creencias y de la lógica misma de nuestras investigaciones científicas.

La idea de que estas creencias bisagras son una condición de posibilidad de cualquier indagación, cuestionamiento o justificación, se encuentra en diversos pasajes del texto (véase §§149, 162, 163). Notablemente, en uno de ellos se señala lo siguiente:

§105. Cualquier prueba, cualquier confirmación y refutación de una hipótesis, ya tiene lugar en el seno de un sistema. Y tal sistema no es un punto de partida más o menos arbitrario y dudoso de nuestros argumentos, sino que pertenece a la esencia de lo que denominamos una argumentación.



El sistema no es el punto de partida, sino el elemento vital de los argumentos.

Esto significa que la posibilidad de justificación de cualquier creencia depende de la existencia de un sistema epistémico que delimita lo que es aceptable como razonamiento y fundamentación. En otras palabras, no podemos concebir un tipo de argumentación que no esté ya anclada a ciertas convicciones básicas que no cuestionamos. No es concebible, por tanto, algún tipo de evaluación racional de creencias que no esté sujeto de este modo a ciertas convicciones básicas tomadas por ciertas sin vacilación. Esta es la misma idea a la que apunta Coliva (2009) al afirmar que las bisagras forman parte de la lógica de nuestro lenguaje y que, por tanto, son parte del sistema en que pueden producirse razones y es en donde la noción de racionalidad está en operación (p. 5). Por ello, pese a que, a diferencia de las creencias empíricas, estas creencias no son del tipo de las que pueden ser justificadas mediante razones, tampoco están completamente fuera del sistema de racionalidad, sino que más bien son parte de su *base necesaria*. Es en este sentido que no pueden considerarse como simples suposiciones irracionales, pues toda razón que se pueda aducir a favor de una creencia depende de este tipo de convicciones. Es esencial para cualquier sistema que existan estas certezas que funcionan como bisagras en torno a las cuales se dan los juegos epistémicos tanto de justificar como de dudar, y por lo mismo no cabe esperar que haya algún sistema de creencias que logre evitar esos compromisos y pueda dar lugar a razones de algún modo neutras y no dependientes de esas convicciones (Coliva, 2009; Moyal-Sharrock, 2004; Pritchard, 2011, 2021; cf. Wright, 2004).

Ahora bien, una lectura apresurada de estos pasajes (§§105, 149, 162, 163) puede dar la impresión de que Wittgenstein está sosteniendo una especie de fundacionalismo, en donde la justificación de cualquier creencia reposa en alguna clase especial de proposiciones autoevidentes que por su naturaleza no requieren de ningún tipo de justificación ulterior. No obstante, las creencias que sirven de límite a las razones y que se asumen sin cuestionamientos *no* corresponden al tipo de fundamento que se ha discutido en los debates tradicionales en epistemología. A saber, no hay nada intrínseco en las



certezas básicas, en la forma de su expresión proposicional o en su relación con el mundo, que las autorice sin más como tribunal último de apelación del conocimiento. Wittgenstein incluso contempla en varios pasajes la posibilidad de que aquellas creencias que funcionan como bisagras puedan cambiar con el tiempo. A nuestro parecer, los pasajes que mejor ilustran la variabilidad de las proposiciones bisagras son los siguientes:

§96. Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de proposiciones empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen; y también que esta relación cambia con el tiempo, de modo que las proposiciones que fluyen se solidifican y las sólidas se fluidifican.

§97. La mitología puede convertirse de nuevo en algo fluido, el lecho del río de los pensamientos puede desplazarse. Pero distingo entre la agitación del agua en el lecho del río y el desplazamiento de este último, por mucho que no haya una distinción precisa entre una cosa y la otra.

§98. Pero si alguien dijera “De modo que también la lógica es una ciencia empírica”, se equivocaría. Por más que sea cierto que la misma proposición pueda considerarse, a veces, como una proposición que ha de ser controlada por la experiencia y, otras veces, como una regla de control.

§99. Sí, el margen de aquel río es, en parte, de roca que no está sometida a ninguna alteración o que está sólo sometida a cambios imperceptibles, y, en parte, de arena que la corriente del agua arrastra y deposita en puntos diversos.

A través de estas metáforas –como el lecho del río y sus márgenes de roca y arena– Wittgenstein sugiere que las bases de nuestro conocimiento no son estáticas ni absolutas, sino que pueden variar gradualmente. Además, en otros pasajes destaca que no existe una distinción nítida entre las proposiciones que son propiamente empíricas –aquellas que se pueden formular como hipótesis y someter a prueba– y las que se consideran evidentes



más allá de toda duda. Un ejemplo de esto se encuentra en §52, donde se discute cómo ciertas proposiciones pueden ocupar diferentes roles dependiendo del contexto y del sistema epistémico en el que se inserten, pudiendo en algunos casos pasar de ser consideradas certezas incuestionables a ser tratadas como hipótesis empíricas. Lo que confiere a estas certezas básicas su estatus es precisamente el rol que desempeñan dentro del sistema como *reguladores* de los juegos de lenguaje. Que sean *reguladores* de los juegos del lenguaje quiere decir que dichas certezas brindan el espectro de movimientos que pueden realizarse dentro de un juego dado. Además, estas creencias incuestionables delimitan las reglas y el marco dentro del cual pueden tener lugar las discusiones, investigaciones y justificaciones. Son los puntos de referencia que determinan qué afirmaciones son plausibles y qué tipo de duda es razonable en un contexto dado. En ese sentido, no son solo reguladores en cuanto permiten evaluar normativamente un juego, sino que son la base constitutiva del juego sin la cual no sería posible ningún movimiento en un juego de lenguaje de carácter epistémico.

Sin embargo, lo que hace interesante a estas certezas básicas es que no solo posibilitan el juego del lenguaje –al ofrecer un marco para que el discurso tenga sentido– sino que también condicionan los movimientos posibles dentro de ese juego. Es decir, las certezas básicas, al proporcionar firmeza al sistema de creencias, determinan qué afirmaciones podemos considerar como posibles, razonables o significativas. Por lo tanto, aunque el juego del lenguaje permite una gran variedad de movimientos (dudas, afirmaciones, justificaciones), este abanico de posibilidades está siempre condicionado por las certezas que lo sustentan. Si estas certezas cambian, también cambia el marco en el que se da el juego, alterando así lo que es concebible dentro de ese sistema. Esta idea se refleja claramente en §144, donde Wittgenstein describe cómo un niño, al aprender a creer ciertas cosas, va formando gradualmente un sistema con sus creencias:

§144. El niño aprende a creer muchas cosas. Esto es, aprende por ejemplo a actuar de acuerdo con estas creencias poco a poco, se forma un sistema con las cosas que cree y, en tal sistema, algunos elementos se mantienen



inmutables y firmes, mientras que otros son más o menos móviles. Lo que se mantiene firme lo hace no porque intrínsecamente sea obvio o convincente, sino porque se sostiene en lo que le rodea.

En este proceso de formación de un sistema de creencia, algunos elementos del sistema se mantienen inmutables y firmes, mientras que otros son más flexibles y susceptibles de cambio. Según Wittgenstein, lo que permanece firme en el sistema de creencias del niño no lo hace porque sea intrínsecamente obvio o convincente, sino porque se sostiene en lo que le rodea, es decir, en el entramado de otras creencias y prácticas que constituyen su entorno epistémico. En este sentido, la obviedad o incuestionabilidad de estas certezas no proviene de una propiedad inherente a estas, sino de la función que desempeñan dentro del entramado de creencias. La metáfora del río utilizada por Wittgenstein entre §§96 y 99 es ilustrativa, pues estas creencias no son inamovibles ni claramente definidas, sino que pueden cambiar junto con el flujo del sistema epistémico en su conjunto. El hecho de que Wittgenstein hable de una dinámica entre lo que es sólido y lo que no, nos muestra que considera seriamente la posibilidad de que aquello que yace en los fundamentos de nuestro sistema de creencias cambie, y con ello, cambie también la base de nuestras justificaciones epistémicas. Y esto va claramente en contra de los intentos y aspiraciones fundacionalistas de hallar un fundamento *absoluto e inamovible*.

El anti-fundacionalismo de Wittgenstein es aún más evidente cuando enfatiza la ausencia de un fundamento último para nuestras creencias, tal como señala en varios pasajes clave. En §253 afirma: “En el fundamento de la creencia bien fundamentada se encuentra la creencia sin fundamentos”; en §205: “Si lo verdadero es lo que tiene fundamentos, el fundamento no es verdadero, ni tampoco falso”; y en §166: “Lo difícil es percibir la falta de fundamentos de nuestra creencia”. Estos fragmentos apuntan a la idea de que, al final de todo proceso de justificación, nos encontramos con convicciones que asumimos como evidentes sin justificación ulterior. Estas convicciones no pueden ser consideradas como conocimiento en un sentido tradicional, ya que se sitúan *más allá de lo verdadero y lo falso*.



Las certezas básicas que pertenecen al marco de referencia no necesitan de razones que las justifiquen dado que, al ser lo más seguro en el sistema de creencias, *a fortiori* son más seguras que cualquier razón que se pueda dar a su favor (§§111, 250, 307). Esa seguridad máxima está vinculada con el hecho de que no podamos concebir como una posibilidad viva que, por ejemplo, la Tierra haya comenzado a existir poco antes de nuestro nacimiento, pues nuestro sistema de creencias se articula de tal forma que no deja espacio para considerarlo algo plausible. Como mencionamos anteriormente, es el entramado del resto de creencias que conforman el sistema, aquello que consideramos obvio y aquello que estamos dispuestos a poner en duda, lo que determina la firmeza de nuestra convicción de que la Tierra existe desde hace mucho tiempo. *Todo habla a su favor y nada en contra* (§§4, 93).

Wittgenstein remarca en varias ocasiones (§§110, 148, 150, 204) que estas certezas que se hallan al final de toda justificación racional no son simples proposiciones aceptadas sin evidencia, como quien acepta hipotéticamente un postulado para ver qué se sigue de él, sino que, en el fondo, lo que fundamenta toda práctica epistémica es una cierta forma de *actuar* sin fundamentos (*cf.* Haller, 1995). Es decir, nuestra manera de vivir y comportarnos nos lleva a asumir como evidente que, en circunstancias normales, tenemos dos manos que no desaparecen de forma repentina. Y aquí es donde se asoma la amenaza del relativismo:

Es un mero accidente que actuemos de ciertas maneras y que nuestras vidas sean como son. Por lo tanto, es perfectamente concebible que puedan existir otras formas de actuar y vivir, las cuales fundamentarían otros sistemas de justificación, diferentes al nuestro (Coliva, 2009, p. 2; trad. propia)⁸.

Si al final de la justificación se encuentran las creencias bisagras incuestionables del sistema epistémico desde el que nos situamos, y si esas creencias solo reflejan una

⁸ Original en inglés. “It is a mere accident that we act in certain ways and that our lives are what they are. Therefore, it is perfectly well conceivable that there may be other ways of acting and living, which would ground other systems of justification, different from our own”.



particular forma de vida, entonces todo parece apuntar a que podríamos encontrarnos con personas que posean sistemas de creencias distintos, con distintas certezas básicas, y que, por lo tanto, podrían sostener creencias contrarias a las nuestras. Y dado que todo intento por justificar nuestras creencias depende inevitablemente del sistema que adoptemos, no habría un medio racional para resolver este tipo de desavenencias. Con ello, nos vemos llevados a aceptar la tesis de la inconmensurabilidad epistémica.

En este punto, nos encontramos con los párrafos que más han despertado sospechas de relativismo (§§92, 132, 206, 262, 264, 336, 609-612). Wittgenstein considera diversos casos que refuerzan la tesis de la inconmensurabilidad, en donde se producen desacuerdos sobre creencias muy básicas que no somos capaces de poner en duda seriamente. En estos casos, si bien podríamos intentar dar razones, estas en algún momento se acabarían, y de ahí en más las disputas solo podrían resolverse mediante la *persuasión* (§612). Esta persuasión consistiría no en un proceso argumentativo, sino en un intento de hacer que el otro adopte la imagen de mundo propia, como cuando los misioneros cristianos convierten a tribus indígenas al cristianismo (§§92, 262). La otra persona tendría que someterse a un proceso de *conversión* para lograr reconocer y validar las razones que le damos (Coliva, 2009, p. 1; Kusch, 2013, p. 38; Pritchard, 2011, p. 273; 2021, p. 1120; O'Grady, 2004, p. 322). Por ello, Wittgenstein parece comprometerse con la idea de que, en caso de haber un choque entre sistemas de creencias distintos, con certezas básicas distintas, no habría medios racionales para resolver el conflicto. De hecho, Wittgenstein va más allá y considera que, en la práctica, lo esperable es que no haya resolución de conflicto en absoluto: “Cuando lo que se enfrenta realmente son dos principios irreconciliables, sus partidarios se declaran mutuamente locos y herejes” (§611).

En el párrafo §609, se considera el caso de personas que, a diferencia de nosotros, no crean que haya buenas razones para confiar en los físicos a la hora de buscar informarnos sobre el mundo que habitamos:

§609. Supongamos que encontramos algunas personas que no lo consideran



una razón concluyente. ¿Cómo nos lo deberíamos imaginar? En lugar del físico, consultan al oráculo. (Es por eso por lo que los consideramos primitivos.) ¿Es incorrecto que consulten al oráculo y se dejen guiar por él? –Si decimos que es «incorrecto», ¿no partimos de nuestro juego de lenguaje para combatir el suyo?

Aquí se muestra el compromiso de Wittgenstein con la idea –que ya adelantamos al comentar la naturaleza de las creencias bisagras– de que las evaluaciones racionales y las justificaciones no pueden hacerse en el vacío, sino que siempre se dan dentro de un determinado sistema, el cual establece su propio marco de referencia, con sus propias creencias básicas incuestionables, métodos para justificar y concepciones de lo que es posible y verosímil. Así, podemos sostener que Wittgenstein suscribe a la primera tesis relativista que revisamos en un comienzo de que la justificación es siempre *dependiente de un sistema epistémico*.

En otro pasaje, Wittgenstein refuerza explícitamente la idea de que los sistemas de creencias pueden cambiar, e incluso que distintos sistemas de creencias pueden convivir en un mismo momento:

§336. Pero lo que las personas consideran como razonable o no razonable cambia. Una cosa que les parece razonable a los hombres en cierta época, les parece irracional en otra. Y al contrario.

Pero, ¿no hay nada objetivo en esto?

Personas *muy* inteligentes y *muy* cultas creen en el relato bíblico de la creación y otras lo consideran algo manifiestamente falso, y las razones de estas últimas son bien conocidas por las primeras.

El hecho de que agentes racionales –que podemos asumir están interesados en conocer verdaderamente el mundo– puedan sostener creencias radicalmente distintas, y a la vez



estar informados de las razones del contrario, nos sugiere que el problema yace en que nos encontramos con visiones de mundo distintas y, por tanto, con *formas de vida* distintas que implican distintas maneras de llevar a cabo prácticas epistémicas. Si lo que se tiene por razonable puede cambiar, y a su vez es totalmente dependiente del sistema de creencias en que se evalúa la razonabilidad, entonces podemos afirmar que Wittgenstein se compromete también con la segunda tesis relativista de que *es posible la variabilidad de los sistemas epistémicos*.

Ahora bien, ¿debemos concluir entonces que las ideas expuestas por Wittgenstein sobre el funcionamiento de la justificación y sus condiciones de posibilidad dan cuenta de que era un relativista epistémico tal como lo hemos definido? Y si es así, ¿debemos también concluir que sus ideas relativistas nos llevan a abrazar el escepticismo respecto de la justificación del conocimiento? Nos parece que la respuesta a la primera pregunta es un *no* matizado, y a la segunda, un *no* rotundo. Para entender por qué, conviene que revisemos algunos párrafos iluminadores y algunas interpretaciones de comentaristas que nos ayuden a evaluar la última tesis que compone la definición de relativismo epistémico que estamos intentando analizar: la igualdad entre distintos sistemas de creencias.

4. ¿Son todos los sistemas válidos?

En §108, Wittgenstein nos invita a considerar la creencia de que nadie ha estado en la Luna. Este ejemplo resulta interesante, ya que, en la actualidad, *sabemos* que la misión tripulada del Apollo XI llegó efectivamente a la superficie lunar. Sin embargo, en la época en que Wittgenstein escribió, el conocimiento disponible hacía que esa afirmación resultara dudosa. No existían evidencias que respaldaran la creencia contraria, es decir, que un ser humano hubiera alcanzado la Luna. De hecho, el sistema epistémico predominante, basado principalmente en los principios de la física de la época, imponía una serie de condiciones que debían cumplirse para que la posibilidad de un viaje a la Luna fuera siquiera considerada plausible. Era necesario poder responder preguntas fundamentales para considerar plausible esta hazaña, por ejemplo: ¿cómo podría alguien



vencer la gravedad terrestre? ¿Cómo sería posible sobrevivir en un entorno sin atmósfera?
¿Cómo sería posible sobrevivir sin oxígeno?

Dichas preguntas, que impedían a Wittgenstein ver el viaje lunar como una posibilidad plausible, solo tienen sentido dentro de un sistema de creencias determinado. Este sistema incluye suposiciones fundamentales sobre el mundo, como la existencia de la fuerza de gravedad, la dependencia del ser humano del oxígeno y la ausencia de este en la Luna. Tales cuestionamientos solo emergen bajo el marco de un sistema epistémico que define los límites de lo que es posible y concebible. En este contexto, si alguien hubiera afirmado que era posible llegar a la Luna sin proporcionar respuestas satisfactorias —es decir, coherentes con el sistema—, nuestra reacción habría sido un distanciamiento intelectual: simplemente, en palabras de Wittgenstein, “nos sentiríamos muy alejados intelectualmente de quien dijera tal cosa” (§108).

En otro pasaje Wittgenstein va más allá con sus afirmaciones y sostiene directamente que quien crea algo contrario a nuestro sistema de creencias está equivocado, que hay muchas cosas que desconoce y que, en definitiva, su sistema es inferior:

§286. Lo que creemos depende de lo que aprendemos. Todos creemos que es imposible llegar a la Luna; pero es posible que algunas personas creen que tal cosa es posible y que algún día sucederá de hecho. Decimos: tales personas no saben muchas de las cosas que nosotros sabemos. Aunque estén tan seguros como quieran de lo que dicen —están equivocados y nosotros lo sabemos.

Si comparamos nuestro sistema de conocimiento con el suyo, es evidente que el suyo es, con mucho, más pobre.

Con esto, Wittgenstein describe cuál sería nuestra reacción ante alguien que afirmara algo que contradiga nuestro sistema de creencias: lo consideraríamos ignorante, alguien que desconoce muchas de las cosas que nosotros damos por sentado. No pensaríamos, por



ejemplo, que simplemente tiene otro sistema de creencias y que, dentro de ese sistema, su afirmación es razonable y puede estar justificada. Aunque reconociéramos que su afirmación proviene de un marco epistémico diferente, no podríamos ignorar todo lo que *sabemos* y tomamos por obvio en nuestro sistema para considerar sus proposiciones como válidas. Hacerlo sería una forma de autoengaño por nuestra parte.

No es posible que juzguemos válida una creencia que contraviene todo lo que creemos y consideramos evidente en nuestro sistema. Wittgenstein sugiere algo similar al afirmar que toda evaluación se lleva a cabo dentro de un sistema, conforme a lo que en dicho sistema se considera verdadero, válido o razonable (§609). Por tanto, queda claro que no podemos considerar que otro sistema epistémico, que albergue creencias incompatibles con nuestras certezas fundamentales, sea igual de válido que el nuestro. Esto se debe a que, al evaluar racionalmente sus creencias, lo hacemos bajo las reglas y los criterios de nuestro propio sistema, el único juego de la justificación que conocemos. Así, inevitablemente concluimos que quienes sostienen tales creencias carecen del conocimiento que poseemos y, en consecuencia, que su sistema no puede equipararse al nuestro. Por esta razón, debemos concluir que Wittgenstein *no* suscribe a la tesis relativista de la igualdad de sistemas. En la medida en que las evaluaciones racionales dependen de asumir los compromisos epistémicos de un determinado sistema, no es posible considerar otro sistema de creencias con la misma validez que aquel que presuponemos para evaluar.

Ahora bien, si consideramos lo expuesto hasta aquí sobre cómo operan nuestras prácticas epistémicas y cuáles son sus condiciones de posibilidad, podemos dar un paso atrás y preguntarnos por nuestro propio sistema de creencias: ¿constituye propiamente conocimiento verdadero y objetivo sobre la realidad, o debemos ser escépticos sobre su posible conexión con el mundo y conformarnos con que solamente logra tener coherencia interna? Wittgenstein nos ofrece una respuesta a esta cuestión:

§191. Si ahora todo habla en favor de una hipótesis, y no hay nada que hable en contra –¿es verdadera con toda certeza? Podemos expresarlo así.



–Pero, ¿está de acuerdo tal hipótesis con la realidad, con los hechos? –Con esta pregunta ya te mueves en un círculo.

El punto aquí está en darse cuenta de que las ideas que tenemos de *verdad*, de *objetividad* y de *realidad* están dadas también por nuestro sistema de creencias. Lo que consideramos como conocimiento de los hechos objetivos es aquello que nuestras prácticas epistémicas, posibilitadas por el sistema epistémico que poseemos, son capaces de generar; aquellas hipótesis que podemos investigar y justificar. Para Wittgenstein, si nos preguntamos por la correspondencia con los hechos de una creencia que sostenemos sobre la base de nuestro sistema, debemos tomar en consideración primero que lo que entendemos por correspondencia con los hechos es justamente aquello que aceptamos dentro de nuestro sistema:

§203. Si todo habla *a favor* de una hipótesis y no hay nada que hable en contra de ella, –¿es objetivamente segura? Podemos *llamarla* así. Pero ¿está de acuerdo *sin restricciones* con el mundo de los hechos? En el mejor de los casos, nos muestra el significado de “estar de acuerdo”.

De este modo, la pregunta del escéptico por la objetividad del conocimiento supone, a ojos de Wittgenstein, una falta de atención al origen de nuestra idea de verdad; al hecho de que depende de un sistema de creencias que posibilita los juegos de adquisición de conocimiento.

Por otra parte, en algunos párrafos se señala que también las *dudas* se dan dentro de algún sistema de creencias, pues se debe dar ciertas cosas por sentado para poder considerar la posibilidad viva de que algo no sea el caso; el sistema debe dejar espacio para que aquello que se quiere dudar resulte falso. Por ejemplo, §247: “¿En qué habría de consistir dudar ahora de que tengo dos manos? ¿Por qué no puedo ni siquiera imaginarlo? ¿Qué creería si no creyera eso? No tengo ningún sistema dentro del que pudiera darse tal duda.”. Es decir, se necesitan *razones* para poder dudar de algo (§§122-123, 322-324, 458-461, 519), y como sabemos, las razones son producidas siempre en relación con un sistema



epistémico. Si todo habla a favor y nada en contra de una afirmación, dudar de ella no sería más que un *flatus vocis*, pues tal duda no estaría adecuándose al espacio dejado por el marco de referencia para el juego de la duda; no sería verosímil pensar en que la afirmación no sea cierta. Por ello, el cuestionamiento del escéptico se revela carente de sentido, toda vez que intenta dudar allí donde no hay razones para la duda. El escéptico supone que puede dudar cada vez que alguien intente sostener algo, y que la carga de la prueba recaerá siempre sobre aquel que afirma, pero, visto desde una óptica wittgensteineana, es necesario también ser capaz de justificar la duda, pues es esencial a cualquier sistema de creencia que haya verdades que están más allá de toda duda razonable.

Además, no es solo que la duda del escéptico no esté adecuadamente justificada, sino que es el tipo de duda que no sería posible contemplar en *ningún* sistema epistémico. Como señala Wittgenstein en §115: “Quien quisiera dudar de todo, ni siquiera llegaría a dudar. El mismo juego de la duda presupone ya la certeza”. Dado que toda duda debe darse dentro de algún sistema para que tenga sentido, y todo sistema a su vez contiene como componente esencial un conjunto de creencias bisagras cuya certeza es incuestionable y que están a la base de todo juego de justificación, no es concebible una duda que se proponga cuestionar *todo* conocimiento. Y esto ocurre justamente por la naturaleza misma de lo que llamamos dudar y justificar creencias. Como señala Kenny (1995, p. 180), Wittgenstein en vez de argumentar con el objetivo de mostrar la falsedad de la conclusión escéptica, su argumentación y observaciones ponen de relieve que los procedimientos escépticos –a saber, la incesante e injustificada duda– son carentes de significado.

Hasta el momento, es justo preguntarse qué dudas son plausibles y, por ende, significativas para Wittgenstein. Es sabido que este autor fue un escritor muy reacio y cuidadoso a la hora de sostener tesis definitivas sobre un asunto y, sin embargo, en *Sobre la Certeza* presenta en múltiples párrafos cinco tesis que critican y limitan la validez de la duda escéptica; como bien reúne y sistematiza Kenny (1995, pp. 180-183). Primero, sostiene que *la duda necesita fundamentos*; no basta con la mera posibilidad de algo para dudar de ello, como lo demuestra su rechazo a la hipótesis del genio maligno de Descartes,



la cual –a juicio de Kenny– Wittgenstein consideraría demasiado especulativa para ser un verdadero fundamento. Que podamos imaginar no-p no es base para dudar de que p (§§4, 323, 519). En segundo lugar, *la duda debe consistir en algo*, debe tener un impacto práctico: pues, dudar de la existencia de objetos materiales, por ejemplo, no altera nuestras acciones, lo que indica que esta es una duda sin relevancia práctica (§§120, 247, 428). En tercer lugar, *la duda presupone el dominio de un juego del lenguaje*; para dudar de algo, es necesario comprender las palabras que expresan esa duda, pero si la duda es demasiado radical, pondría en cuestión los significados mismos de esas palabras, llevando a la duda hacia su *autodestrucción* (§§114, 306, 369). En cuarto lugar, Wittgenstein argumenta que *la duda universal es imposible*, ya que la duda solo tiene sentido dentro de juegos de lenguaje específicos y debe ser aprendida en un contexto de certezas previas; un escepticismo absoluto sería incoherente, sería una duda fuera de lugar, pues incluso para aprender un lenguaje se requiere inicialmente confiar en ciertas proposiciones (§§310-315, 329, 450). Finalmente, Wittgenstein afirma que *la duda presupone certezas*: dudar solo es posible cuando se basa en proposiciones bisagras que no se cuestionan, ya que estas son las certezas sobre las cuales se pueden realizar pruebas o verificaciones, (§§115, 125, 341).

Así, lejos de llevarnos a conclusiones escépticas, las observaciones de Wittgenstein nos muestran que la duda del escéptico es carente de sentido, pues todo juego de lenguaje en que se ponga en duda algo debe presuponer un sistema de cosas que se saben, por lo que es imposible dudar de todo. De hecho, nos ofrece fuertes razones para cuestionar las ambiciones del escéptico. Una vez que entendemos cómo operan efectivamente nuestras prácticas epistémicas, el escepticismo se vuelve absurdo.

¿Y qué hay, entonces, del relativismo en Wittgenstein? Pues, como vimos, es posible atribuirle las tesis de *dependencia del sistema de la justificación* y de *variabilidad de los sistemas epistémicos* –puesto que son parte central del modo en que expone la manera en que funciona el juego de la justificación– mas *no* la tesis de *igualdad de sistemas*. Esto nos deja con una versión más débil de relativismo, si se le quiere llamar así, aunque una versión bastante alejada de los debates tradicionales en epistemología, en donde el conocimiento



se trata como un asunto de todo o nada; o hay una fuente absoluta de conocimiento metafísicamente anclado en los hechos de forma inamovible, con fundamentos últimos que permitirían resolver disputas hasta con marcianos mediante meros cálculos lógicos, o hay que renunciar a la esperanza de que podemos tener cualquier tipo de conocimiento del mundo y asumir que estaremos eternamente sumidos en una completa ignorancia. Es justamente este tipo de aspiraciones irreales, surgidas de la confusión e incomprensión de cómo funciona la práctica de justificar, las que Wittgenstein rechaza. En vez de ello, nos ofrece una visión clara de aquello que entendemos cotidianamente como conocimiento, justificación y duda. Así, en vez de precipitarse a concluir que, dado que las razones para creer en cualquier afirmación son relativas a un sistema de creencias, nuestras creencias son circulares, autorrefutatorias o poco confiables, lo que hace Wittgenstein es mostrar que un sistema así es perfectamente capaz de generar justificaciones y dar la máxima certeza que pueda darse a una creencia (Pritchard, 2011, p. 275).

Este enfoque nos lleva a una epistemología más modesta, donde aceptamos que no siempre existe un método racional universal para resolver disputas entre sistemas de creencias opuestos. Como señala Williams (2007, p. 111), cuando las creencias difieren profundamente, no hay garantía de principios epistémicos neutrales para decidir quién tiene razón. Wittgenstein sugiere que, en estos casos, la persuasión puede tener más peso que la argumentación racional. Así, en lugar de buscar un fundamento definitivo como el que promete el fundacionalismo o caer en el escepticismo, debemos aceptar que nuestro conocimiento es relativo al sistema de creencias vigente. Para Wittgenstein, entender esto no implica renunciar al conocimiento, sino que clarifica nuestras prácticas epistémicas y cómo realmente operan.

5. Conclusión

En suma, los puntos que hemos repasado del trabajo de Wittgenstein nos llevan a concluir que es posible atribuir al menos dos tesis relativistas sobre la justificación epistémica: que



esta *siempre depende* de un sistema de creencias y que estos sistemas *pueden variar* entre culturas o épocas distintas. También podemos atribuirle la tesis de la inconmensurabilidad epistémica, puesto que, al no haber un método neutral para evaluar racionalmente las creencias independientemente de cualquier sistema epistémico, no podemos esperar que haya siempre una vía para la resolución de disputas entre personas con sistemas distintos por medio de razones; más allá de las razones, está la *persuasión* (§612).

Sin embargo, las notas que hemos comentado nos sugieren que no sería posible sostener de modo consistente que cualquier sistema epistémico es *igual de válido* que el nuestro. Esto se debe a que, para juzgar racionalmente un sistema de creencias, inevitablemente tendríamos que suponer nuestro sistema de creencias, el que nos condiciona a aceptar un determinado marco de referencia. No obstante, esto no es un defecto que perjudique la firmeza de nuestras creencias, sino simplemente una constatación del modo en que realmente funcionan nuestras prácticas epistémicas y, por ende, las justificaciones epistémicas.

Del mismo modo, Wittgenstein se posiciona tanto contra el fundacionalismo como contra el escepticismo. Contra el primero, porque sostiene que al final de toda justificación yace una manera de actuar sin fundamentos (§110, 204, 205), y que lo que sirve de base para nuestras razones no es una clase de evidencia definitiva e independiente de cualquier otra cosa. Contra el segundo, porque niega la posibilidad de que se pueda dudar de *todo* sin presuponer algo sobre el mundo, y porque la duda también está sujeta a restricciones tanto de razonabilidad como de justificación dentro del sistema. Lo que nos queda, finalmente, es una forma más honesta y clara de ver el fenómeno del conocimiento humano y nuestras prácticas racionales de justificar creencias y dudarlas.



Referencias bibliográficas

- Biletzki, A. (2015). Was Wittgenstein a Cultural Relativist? En D. Moyal-Sharrock, V. Munz & A. Coliva (Ed.), *Mind, Language and Action: Proceedings of the 36th International Wittgenstein Symposium* (pp. 65-76). De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110378795.65>
- Coliva, A. (2009). Was Wittgenstein an Epistemic Relativist? *Philosophical Investigations*, 33(1), 1-23. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9205.2009.01394.x>
- Haller, R. (1995). Was Wittgenstein a relativist? En R. Egidi (Ed.), *Wittgenstein: Mind and Language*, 245(1), 223-231. Springer Netherlands. https://doi.org/10.1007/978-94-017-3691-6_17
- Heckel, E. (2010). A Wittgensteinian Defense of Cultural Relativism. *Macalester Journal of Philosophy*, 19(1), 3.
- Kenny, A. (1995). *Wittgenstein* (A. Deñao trad.). Alianza.
- Kusch, M. (2013). Annalisa Coliva on Wittgenstein and Epistemic Relativism. *Philosophia*, 41(1), 37-49. <https://doi.org/10.1007/s11406-012-9403-4>
- MacFarlane, J. (2014). *Assessment sensitivity: Relative truth and its applications* (First edition). Oxford University Press.
- Moore, G. E. (1925). *A defence of common sense*. Allen & Unwin
- Moore, G. E. (1939). Proof of an external world. *Epistemology: An Anthology*, 26-28.
- Moyal-Sharrock, D. (2004). *Understanding Wittgenstein's On Certainty*. Palgrave Macmillan UK. <https://doi.org/10.1057/9780230504462>
- O'Grady, P. (2004). Wittgenstein and relativism. *International Journal of Philosophical Studies*, 12(3), 315-337. <https://doi.org/10.1080/0967255042000243975>
- Piedrahita, O. A. (2021). Can hinge epistemology close the door on epistemic relativism? *Synthese*, 199 (1-2), 4645-4671. <https://doi.org/10.1007/s11229-020-02995-4>
- Pritchard, D. (2011). Epistemic Relativism, Epistemic Incommensurability, and Wittgensteinian Epistemology. En S. D. Hales (Ed.), *A Companion to Relativism* (1.^a ed., pp. 266-285). Wiley. <https://doi.org/10.1002/9781444392494.ch14>



- Pritchard, D. (2021). Wittgensteinian Hinge Epistemology and Deep Disagreement. *Topoi*, 40(5), 1117-1125. <https://doi.org/10.1007/s11245-018-9612-y>
- Rorty, R. (1979). *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton University Press.
- Rosen, G. (2001). Nominalism, Naturalism, Epistemic Relativism. *Noûs*, 35(s15), 69-91. <https://doi.org/10.1111/0029-4624.35.s15.4>
- Salvatore, N. C. (2018). On Certainty, Epistemic Incommensurability and Epistemic Relativism. *Wittgenstein-Studien*, 9(1), 249-265. <https://doi.org/10.1515/witt-2018-0012>
- Strawson, P. F. (2006). *Scepticism and naturalism: Some varieties*. Routledge.
- Williams, M. (2007). Why (Wittgenstein) Contextualism Is Not Relativism. *Episteme*, 4 (1), 93-114. <https://doi.org/10.3366/epi.2007.4.1.93>
- Wittgenstein, L. (2015). *Sobre la certeza*. Gedisa.
- Wright, C. (2004). I—Crispin Wright: Warrant for Nothing (and Foundations for Free)? *Aristotelian Society Supplementary Volume*, 78(1), 167-212. <https://doi.org/10.1111/j.0309-7013.2004.00121.x>